



Spiritus aquæ

Jorge Vázquez Ángeles

EL PASADO 15 DE DICIEMBRE se reinauguró por tercera ocasión una de las construcciones que conforman mi santísima trinidad arquitectónica: el Cárcamo del Río Lerma (1951). Teotihuacán y el Edificio Ermita, además de completar esta tríada herética, comparten con este pequeño edificio el funesto destino del anonimato autoral. En el caso prehispánico, esto se entiende por la nula existencia de registros; las otras obras, construidas durante el siglo xx, deben su falta de reconocimiento a la ignorancia y ninguneo del gremio arquitecto-constructor mexicano.

Ricardo Rivas (1913-1998), autor de este templo dedicado al agua, formó parte de la Unión de Arquitectos Socialistas, integrada, entre otros, por los arquitectos Enrique Yáñez y Alberto T. Arai, autor este último de los célebres frontones de Ciudad Universitaria. Si bien su producción no es tan conocida, en el Cárcamo del Río Lerma, Rivas, junto con Diego Rivera (1886-1957), realizó una de las integraciones plásticas mejor logradas, acaso la más destacada de la arquitectura nacional.

Entre 1940 y 1950, la ciudad de México pasó de 1.7 a 3.5 millones de habitantes. Para dotar de agua a una ciudad que ya comenzaba su anárquico y monstruoso crecimiento, se tomó la decisión de traer agua desde los manantiales del río Lerma, largo afluente que nace en Almoloya del Río, Estado de México, y que desemboca en el Lago de Chapala. Un túnel de 62 kilómetros de largo y 2.5 metros de ancho desembocaba



en un cárcamo, registro que distribuye el agua hacia cuatro cisternas de forma circular que aún hoy sobreviven al abandono y al tiempo.

No exagero al afirmar que desde niño me sentí seducido por el espíritu que rodea y habita al edificio, un aura de misterio y audacia. En el exterior, una gran fuente con forma de abanico es habitada por un dinámico Tláloc bifronte, construido a partir de piedras de colores y piezas cerámicas. Con el par de ojos que miran hacia el cielo, parece convocar a las nubes. El otro par mira hacia el interior del Cárcamo. ¿Por qué? A pesar del tiempo transcurrido desde que descubrí el secreto, siento la misma emoción cada vez que lo contemplo. No revelaré aquí el motivo, en espera de que los posibles lectores de este texto se animen a visitar el Cárcamo.

Como parte de los trabajos de rehabilitación arquitectónica y paisajística, el arquitecto Alberto Kalach (n. 1960) diseñó un mirador-pirámide para apreciar desde lo alto la fuente, pensada, justamente, para apreciarse desde las alturas. Ciertas “intervenciones” rebasan y minimizan la obra a la que pretenden enaltecer debido a los afanes protagonicos del autor, pero el equilibrado y sencillo trabajo de Kalach ha engrandecido el proyecto de Rivas y Rivera. Si todo cambio de perspectiva es encomiable, esta pirámide de pasto y piedra ofrece una inmejorable vista del conjunto.

Louise Noelle describe el Cárcamo de la siguiente forma: “Éste se asemeja a un templo clásico ‘anfipróstilo’¹ con una serie de columnas *in antis*² al frente y en la parte posterior, que protegen a la *cella* o *naos*,³ donde se enseñoera la diosa agua”.⁴

El edificio, recubierto de cantera ocre y rodapiés de piedra negra, remata en una cúpula de media naranja sostenida a su vez por un tambor. Destacan en sus esquinas cuatro gárgolas con forma de cabezas de serpiente, que se duplican en el interior. Una vez que se cruza el pórtico nace la magia: aún recuerdo el lento fluir de las aguas del río Lerma a través del túnel central, los ecos reflejados por la cúpula, las cuatro compuertas, y la pregunta que cualquier niño se haría al contemplar ese espectáculo: ¿A dónde va toda esa agua? También recuerdo un mural desgastado y sin brillo, pintado en las paredes de una especie de cisterna y que, al contrario

¹ Edificio con pórtico y columnas en dos de sus fachadas.

² Es decir, entre *antas*, par de muros que se prolongan en los extremos del templo y que contienen a las columnas.

³ Cámara interior del templo.

⁴ Louise Noelle, “Integración plástica y funcionalismo. El edificio del Cárcamo del Sistema Hidráulico Lerma y Ricardo Rivas”, disponible en: bit.ly/hKEm52.





de las pinturas que se exhiben en los museos, no se mira de frente sino hacia abajo. El mural acuático *El agua en la evolución de la especie* fue pintado con hule líquido y poliestireno, materiales que resistirían el paso del agua y los sedimentos que la acompañan, pero que enfrentaron algo más poderoso que un caudal desbordado: la inquina del presidente Miguel Alemán. De acuerdo con el relato de Raquel Tibol, testigo de honor durante la última —y espero definitiva— reapertura del Cárcamo, Alemán ordenó que el sistema se pusiera en funcionamiento a sabiendas que los materiales aún no se afianzaban debidamente. La ciudad, literalmente, se bebió el mural.

El descuido y abandono del Cárcamo llegaron a tales niveles que, en un acto de barbarie, el fondo del mural fue recubierto con chapopote, borrando prácticamente la célula primigenia, pintada al centro, de la que surgen organismos unicelulares y pluricelulares, que conforme se acercan a las paredes van evolucionando hasta llegar al ser humano. Desde 1977 se había planteado una restauración integral, que se realizaría hasta finales del siglo xx: se desvían las aguas del Lerma, hecho que si bien permite su conservación, lo privó de ser el único mural acuático del mundo.

Tras esta primera restauración, sin más explicaciones el Cárcamo fue cerrado definitivamente. Se decía que los vidrios ahumados en ambas fachadas, así como el barandal de acrílico que sustituyó a uno de barras de hierro, calentaban tanto el interior que la humedad afectaba la pintura. Sin embargo, el reciente anuncio de que ahora el conjunto formará parte del Museo de Historia Natural y Cultura Ambiental arroja indicios sobre los motivos del repentino cierre: ninguna secretaria o institución del gobierno capitalino quería hacerse cargo de su administración.

Durante los años que el Cárcamo permaneció cerrado, convencí varias veces al guardia que lo custodiaba para que me dejara entrar, previo pago de la “entrada”. En compañía de Cecilia, una chica argentina interesada en Frida y Diego, persuadí de nuevo al guardia diciéndole que ella, la doctora Patri (quien me miraba boquiabierta), preparaba el más importante libro sobre la obra de Rivera, y que no podía marcharse de México sin observar el que quizá era su mural más fascinante. Cuando impartí clases en la Universidad Iberoamericana, envié a decenas de alumnos a visitarlo (ellos también sobornaron al mismo guardia), para que el significado de integración plástica les quedara claro. Al día de hoy, sigo llevando a muchas personas a conocer lo que en palabras de la secretaria del Medio Ambiente de la ciudad es el tesoro mejor guardado de la Segunda Sección de Chapultepec.

Más allá de la simbología espacial y de las referencias que podríamos deducir con respecto al tema del agua en la ciudad de México, no dejan de ser significativos dos factores:

1) La ubicación de este templo en Chapultepec, sitio que históricamente surtió de agua al México prehispánico y novohispano.

2) La visión de largo plazo de arquitectos, pintores y políticos, quienes en un afán de dejar constancia de esta obra fundamental —y rendir tributo a los trabajadores fallecidos durante los trabajos— no se conformaron con construir un cárcamo distribuidor, sino un cárcamo artístico que conjunta por sí solo arquitectura, pintura, escultura e ingeniería civil.

Estoy contento con los trabajos que han devuelto su esplendor a esta obra conjunta de Ricardo Rivas y Diego Rivera. Lo que me parece terrible es que le hayan cambiado el nombre al sitio: ahora se llama “Cárcamo de Dolores”. ¡Por favor, Dolores es el panteón! El bautizo destila un tufillo electorero: hoy cualquier publicidad o mención al Estado de México resulta políticamente incorrecta, sobre todo cuando lo que está en juego es la presidencia de la República y uno va abajo en las encuestas. 

